

LAGUARDIA

PUEBLO MANCHEGO

El nómada no había empezado a sentir por el hombre del Sur ese desprecio basado en la superioridad que produce el tener un mejor alcantarillado.

D. B. WYNDHAM LEWIS.

Ofrecemos en este número los comentarios que un pequeño grupo de personas han emitido a la vista de unas magníficas fotografías del pueblo toledano de Laguardia, realizadas por los artistas Cualladó y Gómez.

Corresponden estas fotos a una parte del pueblo, la de las cuevas, que por estar al borde de la carretera de Madrid a Cádiz constituye un paisaje muy conocido de los viajeros que recorren nuestro país.

Las fotografías, ciertamente, son excepcionales y podría parecer que en ellas se ha mejorado la realidad, la triste y dramática realidad de sus moradores, como una fácil demagogia puede presentarlos.

Lo cierto es que este y tantos otros pueblos españoles han conseguido un alto grado de belleza, que ya es

conseguir, y tienen en su fondo, en su pura esencia, muchos valores plenamente vigentes hoy y que nos interesa a todos descubrir y entender.

Al principio de estas notas se ha puesto esa cita del historiador inglés D. B. Wyndham Lewis que recuerda un poco el célebre "Que inventen ellos", de don Miguel de Unamuno. No es esa nuestra intención. Nos parece estupendo tener un buen alcantarillado: estupendo y muy difícil de conseguir. Pero entendemos—y de el porqué de la cita—que además del alcantarillado, además de la técnica absolutamente necesaria, existen otras cosas. Y nos parece que algunas de esas otras cosas están, para nosotros españoles, en estos sencillos y humildes y admirables pueblos de nuestro país.

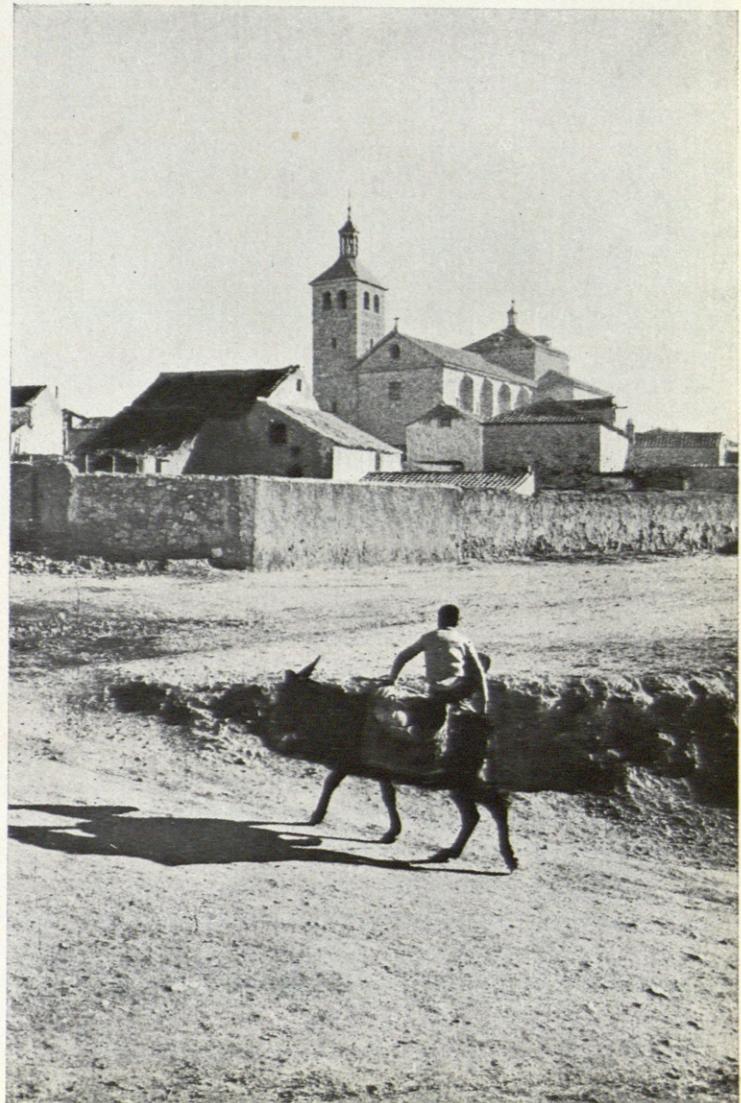




TIERRA HIDALGA

*Un molino,
perezoso a par del viento.
Un son triste de campana.
Un camino
que se pierde polvoriento,
surco estéril de la tierra castellana.*

*Ni un rebaño
por las tierras. Ni una fuente
que dé alivio al caminante.
Como antaño,
torna al pueblo lentamente,
triste y flaco sucesor de "Rocinante".*





JAVIER CARVAJAL. El problema que se nos plantea no es el de este pueblo de Laguardia. El problema es el de todos los pueblos de España. Su importancia urbanística y arquitectónica, su indudable belleza radican en la espontaneidad, en la falta de pretensiones con que han sabido resolver unos problemas auténticos.

Los arquitectos tenemos el grave defecto de la variedad: queremos dejar nuestra impronta personalidad en cada una de nuestras obras. Estamos ahora haciendo muchísimas viviendas nuevas y por contra nuestros pueblos están vaciándose cada vez más.

Se dice que las gentes se van de los pueblos porque en ellos no tienen de qué vivir. Llegan a las grandes

ciudades sin contrato de trabajo, sin viviendas, sin medios de vida. Trasladan el problema que tenían en su pueblo, el de su falta de trabajo, a la gran ciudad, agravado con que en su pueblo tenían casa y en la ciudad no.

En la ciudad se van al suburbio: se crea el problema de los suburbios; se hacen viviendas, malas viviendas, que no pueden pagar y el problema de las gentes sin trabajo sigue con mayor gravedad.

Hay falseamiento en el problema, un evidente mal planteamiento cuya solución no corresponde, es evidente, al campo de la arquitectura. Pero cuyos perniciosos efectos nos atan muy directamente.

Hay un pavoroso problema de la vivienda. Pero, aten-



ción, sólo en Madrid, Barcelona y otras grandes ciudades. Al lado hay un vaciamiento de los pueblos, hay sobradas viviendas en los pueblos. Ello se debe a que las gentes se van del pueblo a la ciudad.

Pero la ciudad no puede admitir lo que no le cabe. Tampoco puede llegar a trabajar quien quiera a Estados Unidos o a Canadá o no importa a qué país por muy demócrata que sea. Tampoco debían venir a las grandes ciudades porque no resuelven su problema y agravan el de la nación.

¿Qué hacer? No es de nuestra incumbencia, pero es evidente que el remedio está en que las gentes tengan de qué vivir en sus pueblos. Y sigamos con Laguardia, ejemplo que hemos tomado en razón a estas estupendas fotos para tratar de los pueblos españoles. Se dice que estas casas, que por fuera son tan bonitas, son invivibles. Son un espanto, una pura humedad. Pero yo me pregunto: ¿es que no se pueden arreglar esos defectos? ¿Es que no es más económico poner esas casas en condiciones de habitabilidad que no hacer unas casas nuevas?

JUAN GOMEZ Y G. DE LA BUELGA. Yo creo que se debería intentar deducir algunas conclusiones prácticas para que esta inquietud que empieza a prender relacio-

nada con el urbanismo popular no se quede en pura elucubración.

Lo primero que sería necesario es tratar de saber si del análisis de los pueblos se pueden extraer enseñanzas prácticas que nos ayuden en los proyectos de nuevos trazados urbanos. Porque puede resultar que, a lo mejor, esto que tanto nos gusta al examinar estas fotografías en una postura nuestra un poco romántica, responde a unas condiciones de "habitat" ya perclitadas y corresponden a un mundo que no se parece nada al que vivimos o al que pretendemos vivir.

Yo creo que no, y que será posible sin duda recrear sus características en los nuevos trazados. Evidentemente estos pueblos cuyo clima nos gusta tanto son precisamente los que conservan su pristino aspecto y se han salvado de los efectos de la "civilización".

Yo recuerdo haber visto este verano un pueblo de una cuenca minera asturiana que debió de ser hace solo unas decenas de años una maravilla urbanística, y que hoy está invadido como por un cáncer, por desolados bloques de viviendas de obreros, las fábricas, el ferrocarril, el humo de las chimeneas.

Pero esto es algo que hay que aceptar y afrontar para encontrarle solución, porque el progreso no puede detenerse y no puedo creer que los pueblos hayan de malograrse necesariamente por falta de fórmulas ade-



Que el sol de España os llene de alegría, de luz y de riqueza.

ANTONIO MACHADO.



cuadas que resuelvan el problema, y si hay alguien que tiene que resolverlo somos indudablemente los arquitectos.

JAVIER CARVAJAL. En una futura planificación, en lugar de empeñarnos en hacer pueblos nuevos, los arquitectos podíamos considerar la conveniencia de ver lo que hay ya hecho en nuestro país y la posibilidad de conservarlo. De verdad ¿alguien se ha sentado delante de una mesa con ánimo de salvar estos pueblos? Se adopta, delante de estas realidades que son los pueblos de España, dos posturas igualmente ineficaces. O la admiración esteticista o la del desprecio. ¡Qué belleza! ¡Qué asco! Sí, es cierto: son bellísimos y son un asco. Pero con esto no se ha arreglado nada. Las gentes de los pueblos están hartas de esa pretendida belleza y más hartas aún de la miseria de su vida.

Una auténtica eficaz labor estaría en ver cómo se salvan esos pueblos. Está Baeza, pongamos por ejemplo, dentro del Plan Jaén. ¿Se ha pretendido salvar Baeza, rehabilitarlo, ponerlo al día? Porque una cosa es hacer arqueología monumental y otra poner un pueblo entero en condiciones de vivir.

Es preciso crear una conciencia en todos nosotros para salvar estos pueblos. En esto tenemos los arquitectos una evidente y seria responsabilidad, demostrando las posibilidades y el aprovechamiento que el país puede obtener.

En urbanización lo único importante que se ha hecho ha sido en el norte de Europa a base del espacio verde. Como han sido unas realizaciones felices es natural que hayan tenido seguidores y el urbanismo nórdico ha sido artículo de fe. Pero esto ¿por qué?

Los nórdicos han vivido siempre en el bosque y en esta norma han resuelto su urbanismo actual. Recuerdo que una vez un arquitecto de Helsinki me decía aquí en Madrid la delicia que era tener las tiendas debajo de casa y lo molesto e incómodo que es eso de los centros comerciales de ellos. Ahora nosotros, en nuestras urbanizaciones, ponemos en seguida un centro comercial, sin pensarlo demasiado, por puro mimetismo. Los nórdicos son gentes de vida y de tradición de bosque y repito que con ese esquema han hecho sus ciudades. Pero esto de los bosques a un latino, para bien o para mal, le tiene sin cuidado. Entonces ¿por qué los latinos copian unos esquemas urbanísticos que van contra su pura esencia?

Sigo con los finlandeses. Otro finlandés elogia nuestras calles estrechas de nuestros barrios antiguos. Las encontraba deliciosas y... funcionales. Y nosotros, en los barrios nuevos, a lo nórdico.

Estos pueblos nuestros tienen, como fundamentalísima lección y como maravillosa enseñanza el que todos son una respuesta al medio en que están emplazados. Con absoluta independencia de fórmulas o datos más o menos científicos: importándoles un ardite los dos o los tres, o los metros cúbicos y cuadrados.

El clima en los países nórdicos es un enemigo: hay que defenderse de él y las casas están hechas para fuera, para ver el paisaje desde dentro de ellas. Para

los latinos el clima es un amigo, y de siempre los latinos han hecho sus casas hacia dentro, con el patio que suministra su sol y su cielo a cada uno.

Estos pueblos españoles que estamos comentando son una pura consecuencia del clima, del lugar en que están emplazados y la mayor belleza que tienen es la de su autenticidad.

JUAN GOMEZ Y G. DE LA BUELGA. Yo creo firmemente que la solución deberá estar en saber encontrar lo que tienen esos pueblos de bueno y de aplicable, y desde luego, todo menos adoptar simplemente fórmulas urbanísticas ajenas a nosotros y a nuestra tradición, lo cual es lo mismo que ir en busca del fracaso más absoluto.

No es difícil darse cuenta de que, dentro de la variedad de recintos urbanos que hay en España, con personalidad tan definida en cada región, se podrían extraer de todos ellos una serie de constantes urbanísticas de las que creo haber hablado ya en otra parte.

Algo hay que los relaciona a todos ellos y es la paz que en ellos se disfruta, que creo también es posible lograr en los nuevos barrios residenciales siempre que se puedan aislar convenientemente del tráfico y el bullicio de las demás zonas. Una gran ocupación del suelo, una o dos plantas de edificación, trazados tortuosos, recintos-sorpresa, huecos pequeños, no existencia de "espacios verdes", etc. Pueden recorrerse cientos de pueblos del país sin encontrar un solo árbol, o a lo más unos pocos en alguna plaza o un rincón muy especial.

Se hacen los nuevos barrios de viviendas con una desconexión absoluta con el resto de la ciudad, mediante el empleo de unas teorías de bloques abiertos entre los cuales a la larga no hay sino barro en invierno y polvo en verano. La tradición popular nos señala, por el contrario, que casi la totalidad del suelo de nuestros pueblos está pavimentado de una u otra forma; por cierto en ocasiones con un encanto singular mediante el empleo del canto rodado y los pasos con baldosas de piedra. Pero esto es posible porque la edificación deja poca superficie disponible. Es compacta y ocupa un tanto por ciento muy elevado del suelo urbano.

CARLOS DE MIGUEL. Quisiera destacar algo que siempre me ha extrañado bastante. El árbol: tengo un verdadero cariño al árbol o, por mejor decir, tengo obsesión por el árbol. Pero en el campo. Me pone enfermo ver estos terribles campos españoles sin un mal árbol, estos densísimos y resecos montes de nuestro país. Pero ya no sé si necesito tanto el árbol en la ciudad. Aquí, en estas fotos de Laguardia, no hay un árbol: en los pueblos latinos no hay árboles, hay arquitectura.

Recuerdo una de las ciudades más bellas que conozco: Verona. Desde la gran plaza se accede a un conjunto de placitas en una solución urbanística sencillamente maravillosa. Y allí no se ve un árbol.





P. ALFONSO LOPEZ QUINTAS. Estos pequeños pueblos, llenos de paz y de humildad, nos producen una fuerte impresión de belleza. A quienes sufrimos por el espectáculo banal de tantas colonias urbanas de nueva fabricación, este fenómeno nos sitúa ante un aparente dilema: o belleza o técnica. La necesidad de resolver en el menor espacio posible el problema del alojamiento de una población numerosa no parece avenirse con las condiciones que hicieron posible la belleza de estos conjuntos arquitectónicos populares cuya estampa pasa hoy con pleno derecho a las páginas de las mejores revistas de Arquitectura.

Nada más útil que observar cuáles son estas condiciones y cuáles las cualidades que suscitan un irresistible agrado en el hombre de hoy, pues este estudio fecundará sin duda la inspiración del arquitecto actual, si se tiene en cuenta que el estudio de lo pasado no debe reducirse a copiar formas y métodos ya superados, sino a incorporar de modo creadoramente personal estilos y actitudes que pueden tener perfecta correspondencia en el modo actual de sentir el Arte. Es curioso observar, por ejemplo, el giro que tuvo lugar en todos los compositores alemanes después de su viaje a Italia. La agilidad latina, la lozanía temática, la vibración y el color del Sur se alía con la severa robustez germana en obras que constituyen el acervo clásico de la música mundial. Pensemos en los frutos que puede dar la feliz composición de la técnica actual con el conocimiento vivo de las diversas formas y estilos del presente y del pasado. Lo

que se necesita es una gran flexibilidad mental, voluntad de apertura e impulso creador. Si a las sólidas construcciones del presente se logra infundirles ese halo de sencillez, naturalidad y discreción que a tantos pueblos españoles confiere un clima de paz, de sano ritmo humano, la arquitectura ganará en autenticidad y por tanto en verdadera belleza, que es definida desde antiguo como el esplendor de la verdad.

Tal vez este estudio contribuya a revelar al arquitecto actual la necesidad de evitar la inercia del excesivo especialismo que lo acantona en la solución de los problemas técnicos, sin dejarle huelgo para situar éstos en el marco superior de la situación humana.

No se trata, por tanto, propiamente de estudiar detalles prácticos concretos, sino de acudir a una indudable fuente de inspiración, bien sabido que si entre las diferentes disciplinas mentales se da una fecunda interacción e influencia, mucho mayor es el influjo que ejercen sobre sí los diversos aspectos de un mismo arte. Oyendo a Bach o Mozart el escritor aprende, por ejemplo, a dominar el tiempo rítmicamente, a sorprender al lector con modulaciones acertadas, a mantener la atención sin acudir a la violencia. ¿Cuánto más directa e intensa no será la lección que recibe un arquitecto actual, si cuenta con la debida sensibilidad, de la contemplación de un pueblo sencillo, levantado en las inflexiones de una colina por manos humildes, a lo largo de muchos años de vida hacendosa?



JAVIER CARVAJAL. Insisto. Estos pueblos nacen de una excelente adaptación al terreno sin pretensiones de crear nada singular ni extraordinario. Aquí hay sol y hay pocos árboles. Pues así hay que trabajar, con estas condiciones. Los nórdicos deben hacer lo suyo y nosotros lo nuestro. Lo que ocurre es que es más fácil copiar que pensar.

Nosotros, los latinos, no podemos renunciar a algo tan importante y tan nuestro como es la ciudad: eso de las ciudades verdes como oposición de las ciudades es algo que no va a nuestra constitución latina. El ir a este falso planteamiento nos lleva a malos resultados.

Para empezar hay que decir que la ciudad no es un asco. Los pueblos no son un asco. ¿Por qué hay que volver a la selva habitada?

Los nórdicos lo han hecho así y es bueno que lo hagan porque se acomoda a su forma sociológica e histórica de su modo de ser. Pero que el latino, sin más, por puro mimetismo, vaya a la selva habitada me parece del género memo.

¿Fórmula? Voy a contar una anécdota que le ocurrió a un listillo con Richard Neutra. Estaba en nuestra Escuela y un alumno que le quiso coger en trampa le preguntó: "Oiga usted, esas teorías están muy bien. Pero ¿cómo las aplicaríamos si tuviéramos que hacer una central atómica en Segovia?"

Y Neutra contestó: "Sencillamente. Buscaría un buen arquitecto."

Esto es: fórmulas, no. Lo que hacen falta son buenos arquitectos. Este pueblo captado en estas fotos por un hombre de sensibilidad exquisita está hecho, como tantísimos otros de España, a base de espontaneidad. Pero hoy día tenemos una planificación y la única fórmula que podemos aceptar es la sensibilidad del buen arquitecto que sepa captar lo que aquí hay de esencial. Es decir, que la fórmula es el talento del arquitecto; pero no hay receta.

Otra cosa que se observa aquí. No hay dos casas iguales. Nosotros haremos unos conjuntos de 500, de 1.000, de 2.000 viviendas y hacemos un prototipo, y si somos muy generosos, cuatro prototipos. Pero un barrio de 500 viviendas con 500 tipos distintos no lo hace nadie.

Mejor que eso la constante es: responder a las condiciones climáticas. Si el arquitecto estudia bien esto le saldrán ya las constantes que correspondan, huecos pequeños o grandes, lo que resulte de adaptar al medio. Porque a lo mejor en Canarias, aunque hay mucho sol, lo que conviene no son huecos chicos, sino grandes espacios abiertos.

Una vez más: la sección de estas fotos es la respuesta directa a las necesidades. Sin ganas de epatar, ni de dis-



tinguirse, ni de hacer extravagancias. ¿Llueve? Pues se resuelve la arquitectura para protegerse contra la lluvia. ¿Hace sol? Pues de otro modo. Estudio y adaptación.

Es muy importante lo que dijo Coderch en su artículo sobre la tradición viva. En nuestro país hay que salvar todo lo que está vivo.

Recuerdo siempre la definición que sobre Arquitectura me dijo Luis Costa, un arquitecto brasileño de gran clase. "Arquitectura es construir para el hombre en determinadas circunstancias de espacio y tiempo y modelado todo ello por la sensibilidad."

Esto, precisamente esto, es Laguardia y por ello es arquitectura y por ello nos encanta. Y la sensibilidad, esto es importante, no es punto de partida, sino de llegada. No se parte de la sensibilidad, sino que es ella la que "modela todo lo hecho".

LUIS MOYA. Encuentro que nuestro sistema de construcción no vale para las técnicas actuales. Nosotros construimos a base de peso: nuestras construcciones son pesadas, no livianas como las nórdicas que se inspiran en la tradición ligera de las construcciones en madera, y de ahí, de su tradición, ha salido de modo normal el actual sistema constructivo de las estructuras y de los paneles prefabricados.

Esta solución pesada nuestra no es la solución nor-

mal de los países latinos. En Egipto, en Mesopotamia, cuando hacían edificaciones monumentales, sí empleaban la construcción pesada, pero sus casitas eran, lo mismo que las de los nórdicos, prefabricadas, de materiales ligeros (cañas, tablas, hojas de palma, etc.). Nosotros, no sé por qué, no hemos hecho distinción constructiva entre la catedral de León y una casita de una planta. Las dos se han hecho con muros cuanto más gordos mejor. Esto es exactamente lo contrario de la industrialización tal como se entiende en el mundo: empleo de elementos que pesen poco y que se puedan transportar fácilmente.

De modo que todo lo que nos puedan enseñar estos pueblos, en su aspecto constructivo, no vale porque es incompatible con la técnica de hoy. Y ello lleva aparentada una dificultad que no veo cómo se puede resolver.

JUAN GOMEZ G. DE LA BUELGA. Insisto en las conclusiones prácticas. Estos pueblos no tienen en cuenta eso de la orientación óptima, colosal tabú que tanto nos ata actualmente. Pero ¿cuál es la orientación óptima de cada caso?

Hay otros invariantes a considerar: el trazado tortuoso de calles, con sus efectos de sorpresa. La seriedad en el manejo de los espacios libres.





JAVIER CARVAJAL. Lo mismo que tú insistes en las normas yo insisto en que no creo en las normas. Creo en reuniones como esta de hoy: creo en las conferencias, en la propaganda, en los cambios de impresiones, en las campañas para remodelar la sensibilidad.

JUAN GOMEZ G. DE LA BUELGA. Hay que enfrentarse con el problema poniendo sobre la mesa cuantos factores intervienen en él dándole un carácter tan singular al caso español: precio del suelo elevadísimo (especulación, que obliga a construir con aprovechamientos exhaustivos), tipo de nivel de vida de nuestras gentes, tan distinto en unos y otros lugares, materiales de que se dispone para la construcción, características del clima, etc., etc.

Está bien que se hable mucho de este tema, como

se ha dicho aquí, hasta lograr que prenda la inquietud en todos los que, de una u otra forma, tienen relación con la arquitectura y el urbanismo, pero seamos positivos y pensemos que ha de ser labor de muchos, no de unos pocos excepcionalmente dotados, y para ello habrá que trabajar juntos hasta encontrar los caminos adecuados por lo que puede marchar la mayoría que mueve al país y es la que, en definitiva, da el tono de la arquitectura en todos los países.

JUAN RAMIREZ DE LUCAS. Socialmente esto es una mala enseñanza. En la Mancha los cueveros, que así se les llama, viven aquí porque no pueden vivir en otra casa y en cuanto pueden se van. Ellos en estas cuevas están como tigres. Se ha dicho que no hay árboles, pero hay arbustos que son el enlace de la casa



con la naturaleza. Son elementos defensivos, espinos: siempre verdes y que se defienden de ellos solos de los celtíberos.

Los patios. Aquí todas las casas con patios. Esto se había olvidado y son otra vez los nórdicos los que los han puesto en valor. Y los patios no se pueden olvidar.

Otra cosa: el valor escultórico de las fachadas que en muchos casos son auténticos altorrelieves. ¿Se puede hacer esto ahora conscientemente? Difícil. Pero hay que tenerlo en cuenta.

Otro tema. Encalado. Esto es fenomenal. La cal. ¿Por qué se ha olvidado la cal?

JAVIER CARVAJAL. Sociológico. En desacuerdo. Totalmente. No es mejor lo que hacemos ahora que esto. Aquí se podía vivir muy bien si esto se acondicionara debidamente, como ya dije.

Los cueveros. Tampoco es argumento. Si un rico viviera aquí lo pondría en condiciones y viviría colosal. No es un axioma que en la cueva se viva mal. Así que por motivos sociológicos no es problema el hacer pueblos como éstos.

Sociológicamente en cambio tienen una solución perfecta. La mezcla de gentes. Atención a los urbanistas. Ahora hacemos el barrio de los pobres y el barrio de los ricos. Monstruoso.

Voy a contar esta anécdota. Una vez hubo que man-

dar unos planos del estudio al duque del Infantado. Preguntó alguien dónde vivía y la mujer de la limpieza dijo:

—Si quieren ustedes los puedo llevar yo, porque vivo al lado, en la calle Don Pedro.

Eso, sociológicamente, es importantísimo: cuando la calle de Don Pedro tiene baches lo sufre el duque y la fregatriz, cuando no hay luz lo pasan mal los dos.

Ahora no. Ahora la Gran Vía está colosal y los suburbios infectos. Porque los inauguramos y ese día todo está muy bien y después los ignoramos. Porque no estamos constituidos en sociedad y no tenemos un mutuo conocimiento. Esto sí que es importante: que el de arriba conozca las miserias del de abajo y éste las virtudes del de arriba. Pero ciudades compartimentadas, no.

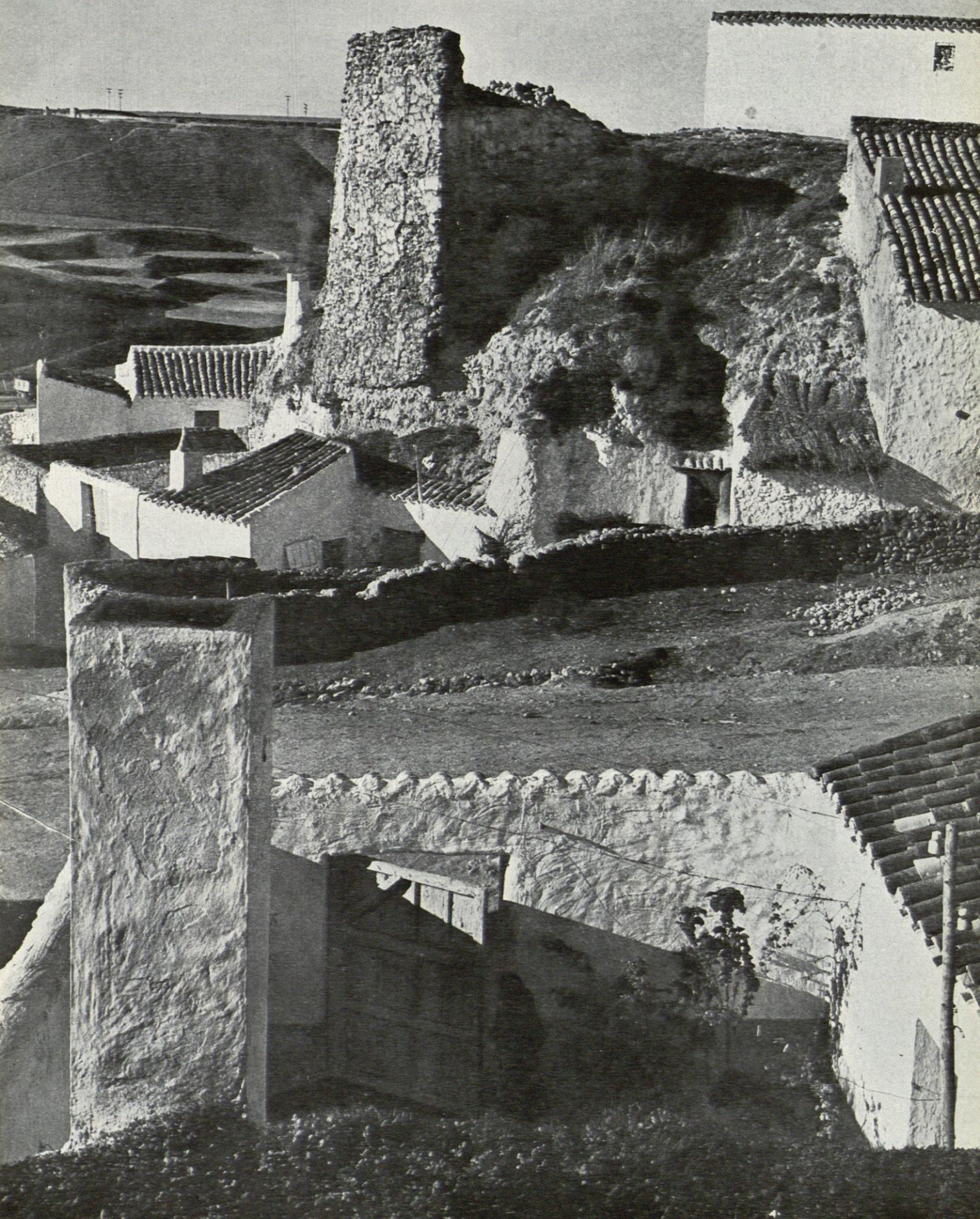
Y enfrente de esa monstruosidad sociológica estos pueblos dan el maravilloso ejemplo de la comunidad.

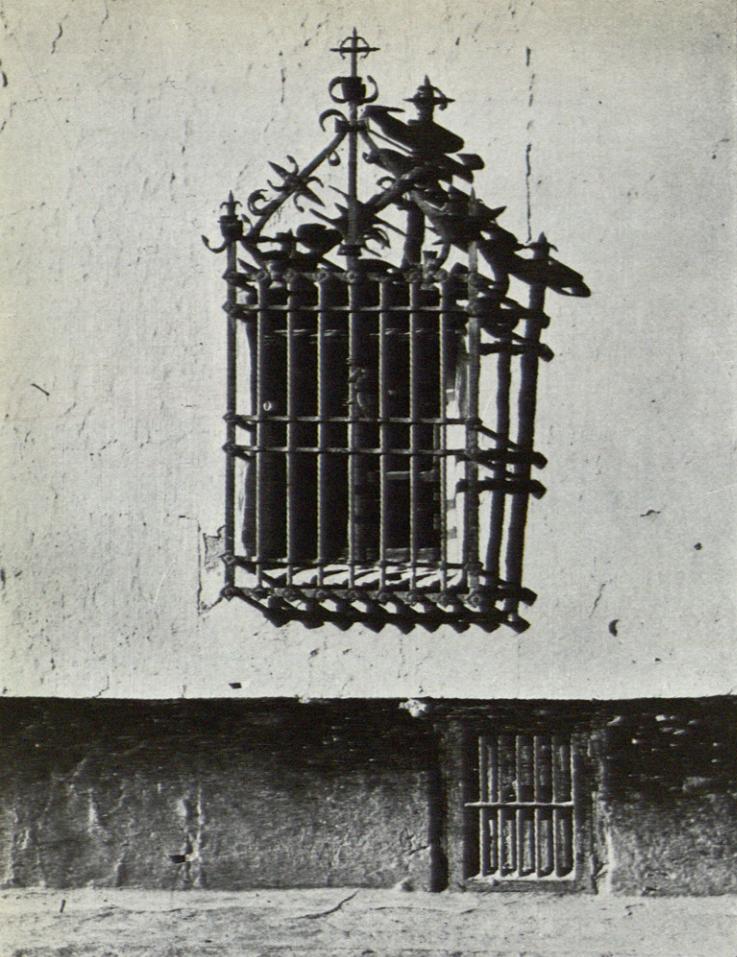
Como lección. Antes de hacer pueblos nuevos procuremos revitalizar los antiguos. Las gentes no vivirán peor en estas casas viejas puestas al día que en las que les hacemos ahora.

Económicamente sería también una buena solución Revitalizar.

Lo importante son las normas de conducta. La tradición, colosal; pero no la tradición formal, que es lo malo. ¿Hace falta reja? Pues se pone. Pero de ahora. ¿Es bueno el patio? Pues se hace; pero como tal patio, es decir, como espacio abierto, íntimo: lo



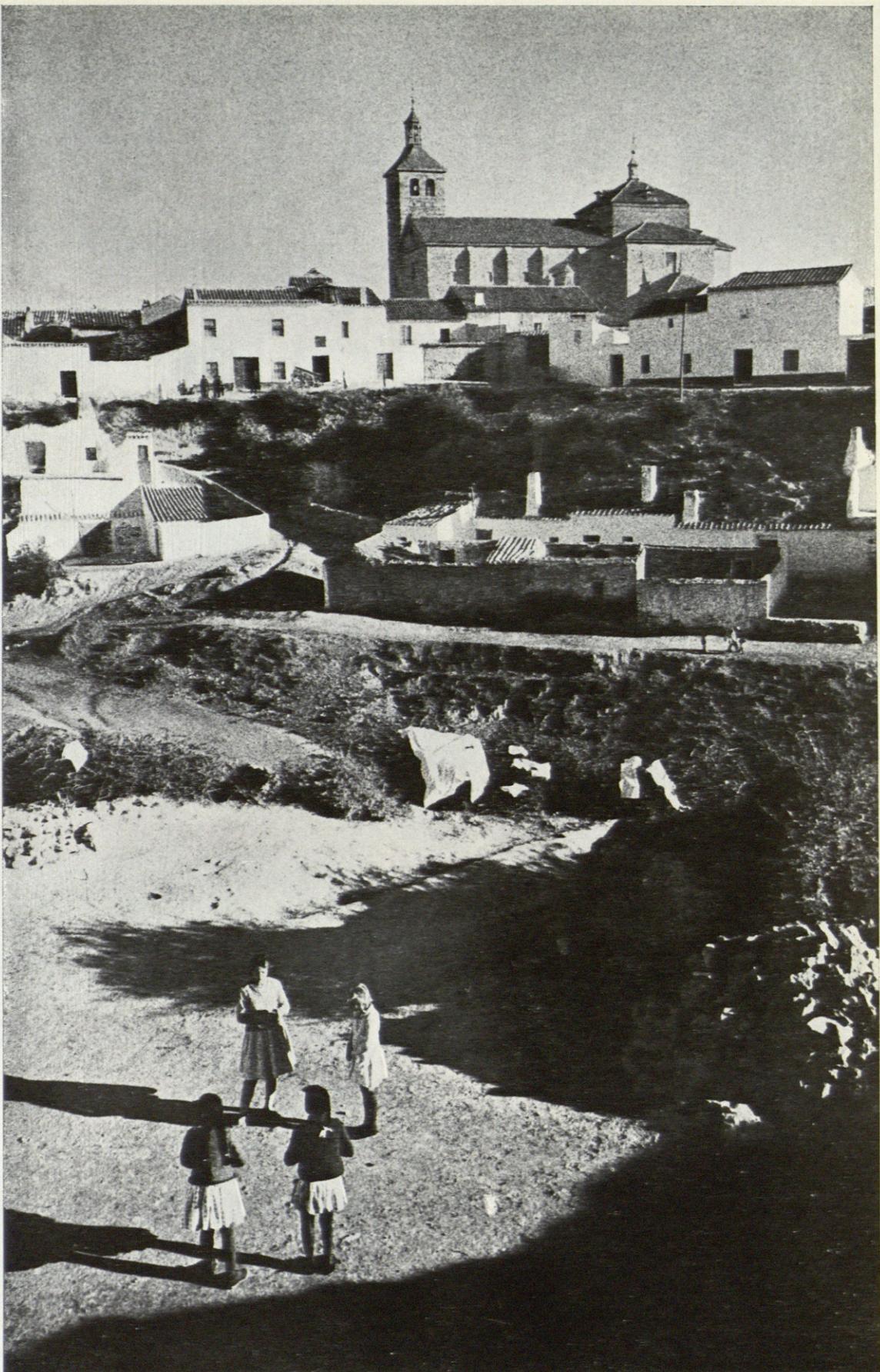




No faltan menguados que nos estén cantando de continuo el estribillo de que deben dejarse a un lado las cuestiones religiosas; que lo primero es hacerse fuertes y ricos. Y los muy mandriás no ven que por no resolver nuestro íntimo negocio no somos ni seremos fuertes ni ricos. Lo repito: nuestra patria no tendrá agricultura, ni industria, ni comercio, ni habrá aquí caminos que lleven a parte adonde merezca irse mientras no descubramos nuestro cristianismo, el quijotesco. No tendremos vida exterior, poderosa y espléndida y gloriosa y muerte mientras no encendamos en el corazón de nuestro pueblo el fuego de las eternas inquietudes. No se puede ser rico viviendo de mentira, y la mentira es el pan nuestro de cada día para nuestro espíritu.

MIGUEL DE UNAMUNO.

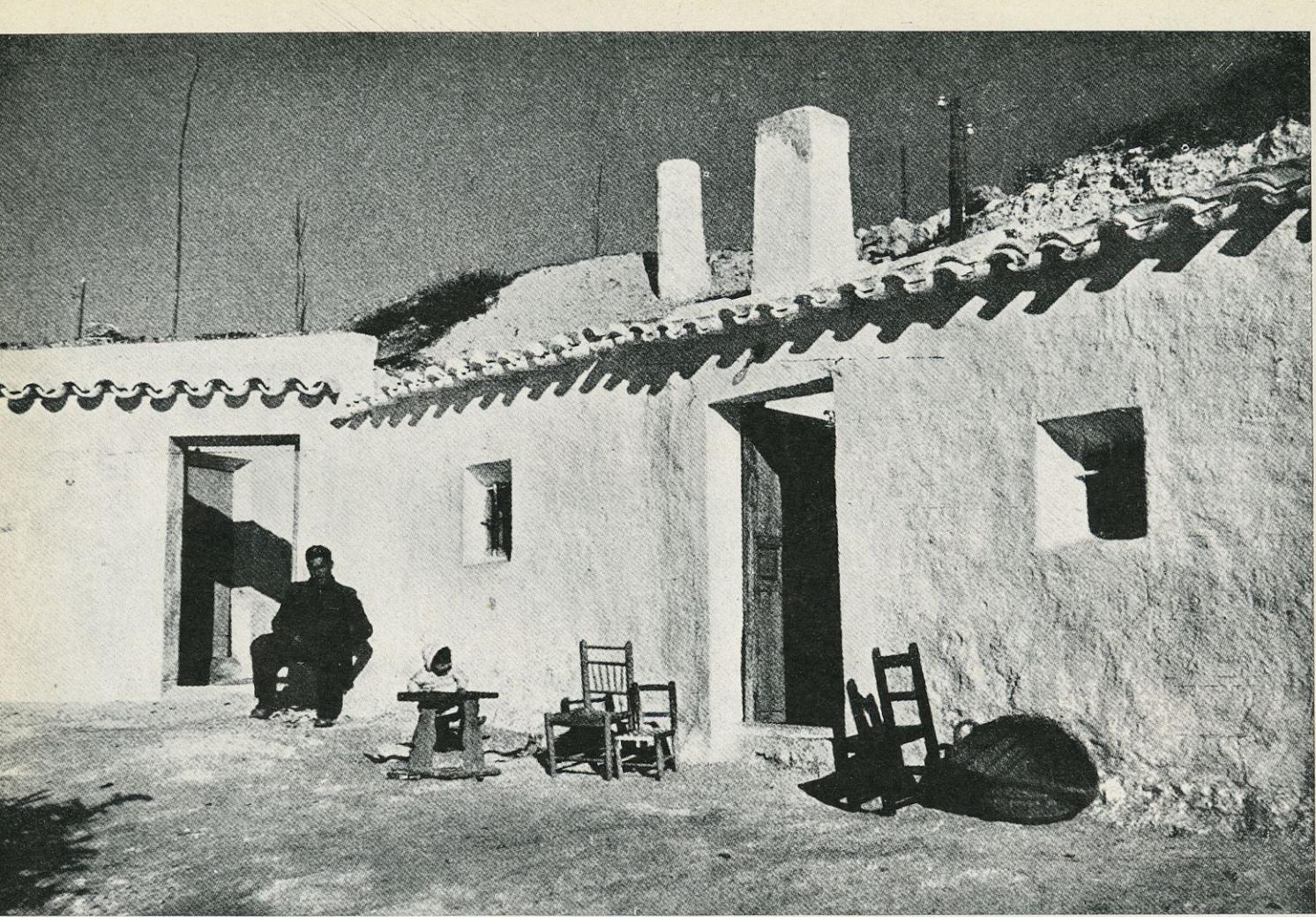




que ya no interesa es el arquito de medio punto, el puro formalismo. Esto no es tradición.

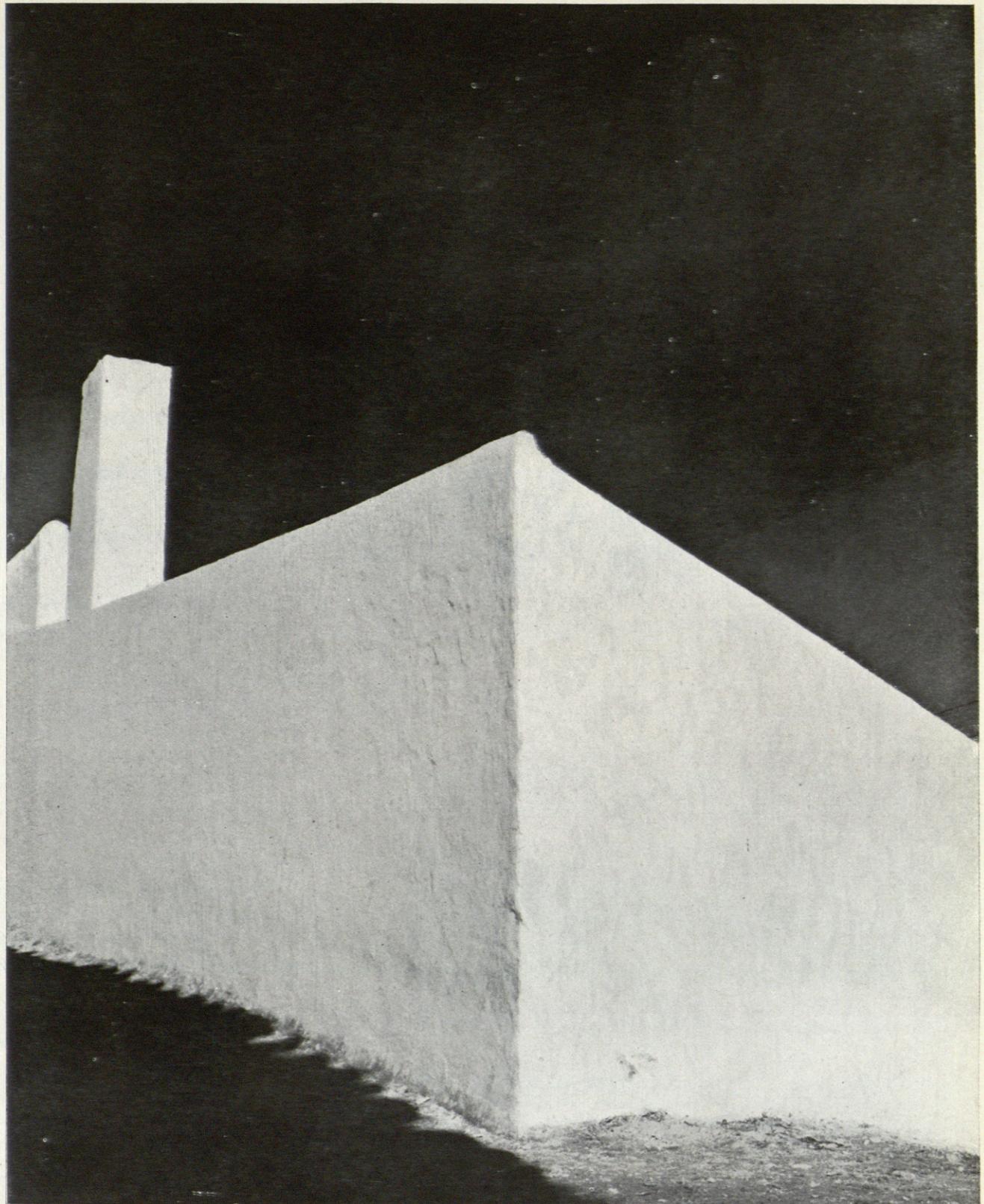
La lección de estos pueblos es lo que hay en ellos de arquitectura esencial: no las fórmulas o los formalismos. Y aquello sí que es una verdadera y excelente lección viva.

Es esencial: la respuesta al medio, el tipo de vida comunitario; los materiales. La humildad, la ausencia de variedad y muy importante hablar y resumirse y tratar de estas cosas entre todos. Hacer propaganda de estas verdades, que la gente las entienda y se enamore de ellas.



— Su suelo es pobre y seco, la gente vegeta
mísima en estos caserones destartalados, o
huye, en busca de la vida libre, plena y
errante, lejos de estas calles que yo recorro
ahora, lejos de estas campañas monótonas y
sedientas por las que yo tiendo la vista...
El día está espléndido; el cielo es de un azul
intenso; una vaga somnolencia, una pesadez
sedante y abrumadora se exhala de las cosas.
Todo calla; todo reposa. Pasa de tarde en
tarde, cruzando el ancho ámbito, con esa in-
dolencia privativa de los perros de pueblo,
un alto mastín, que se detiene un momento,
sin saber por qué, y luego se pierde a lo
lejos por una empinada calleja; una banda
de gorriones se abate rápida sobre el suelo,
picotea, salta, brinca, se levanta veloz y se
aleja piando, moviendo voluptuosamente las
alas sobre el azul límpido. A lo lejos, como
una nota metálica, incisiva, que rasga de
pronto la diafanidad del ambiente, vibra el
cacareo sostenido de un gallo.





Oh blanco muro de España.

FEDERICO GARCIA LORCA.